

# Reflexiones sobre política exterior

## LA CULTURA DEL DOLOR

Carlos A. Romero

Ciertamente a los venezolanos nos gusta adoptar posiciones extremas cuando se trata de conceptualizar las potencialidades del país. Hace diez años se practicaba el ejercicio telúrico de la Gran Venezuela; hoy, por el contrario, el discurso de las élites es un trago amargo de desilusiones, desorientación, quejadera y pesimismo que lleva a pensar que nos encontramos ante la cercanía de la muerte como nación.

La formulación e implantación de la política exterior del país no ha escapado a este cambio de actitud. En la década pasada, la diplomacia viajera, crediticia y tercermundista del gobierno de Carlos Andrés Pérez se mezcló con el naciente gobierno de Herrera Campíns (prolongado en la década del '80) con su diplomacia de proyección, la cruzada democrática en Centroamérica y el Caribe y la retórica principista. Los resultados de esta mezcla fueron diez años de optimismo delirante sobre las posibilidades de Venezuela de jugar un papel protagonista en la política y economía internacionales, de ejercer el derecho de controlar una supuesta zona de seguridad venezolana a riesgo de multiplicar compromisos, e intervenir (como efectivamente se hizo) en los asuntos internos de los países latinoamericanos y caribeños desbordándose todos los parámetros limitantes a la presencia nacional y los instrumentos adecuados para sustentarla; en fin, creándose una verdadera confusión entre fines, objetivos y prioridades de la política.

En las políticas citadas se exageró ante las potencialidades internacionales de Venezuela, expresión diáfana del optimismo reinante, que basada en los recursos petroleros y democráticos creía por derecho colocar la política como propulsora a priori de experiencias moderadas a la venezolana frente "al coloso del norte o el totalitarismo marxista". Por otra parte, la importancia que cobraban, tanto en el interior como el exterior del país, los asuntos internacionales llevó a crear una múltiple variedad valorativa del verdadero rol de Venezuela en los acontecimientos mundiales que ni siquiera definió claramente si se buscaba un liderazgo tercermundista o una alianza bilateral con los Estados Uni-



dos; si se era una potencia media con políticas, cálculos y riesgos propios o un país pequeño que buscaba contribuir a un esfuerzo multilateral en la búsqueda de soluciones a los conflictos regionales e internacionales.

Pareciera que la política exterior del gobierno Lusinchi se está orientando hacia la idea de desdeñar ese optimismo, a superar esa visión ciclópea de Venezuela al detectar que, frente a los problemas de la deuda externa, a la posición radical del gobierno Reagan en Centroamérica y el Caribe, una política de presencia activa no es la salida que corresponde actualmente. Sin embargo, la instrumentación de esta definición inicial está enmarcada dentro del pesimismo reinante, de una cultura del dolor.

La crítica de las políticas anteriores ha originado una respuesta que, en lugar de situarse en la reducción de las dimensiones de lo que se quiere y se hace, se orienta a suspender en extremo cualquier iniciativa y control. En consecuencia, la reacción a una política gigantesca ha sido la de renunciar a tener una distinta, es decir, se pasa de una política activa a una política pasiva, de un gran diseño a un incrementalismo rampante (acumulación volátil de pequeñas respuestas a exigencias del ambiente externo), posición que puede desembocar a la total pérdida de una capacidad defensiva frente a los complejos problemas de la política exterior criolla.

Esta actitud de renunciación, de "ya no hay nada que hacer, la prioridad es renegociar la deuda, lo demás no importa", se expresa objetivamente en los siguientes aspectos: 1) Frente al peligro de partidizar la política se nombra un independiente como Ministro sin base de sustentación, sin apoyo partidista; 2) En el partido de gobierno no se tiene claro qué política exterior es la más conveniente en la situación actual; 3) La falta de acuerdo interno en la Cancillería produce una falta de idea matriz en ma-

teria de nombramientos de cargos diplomáticos confundiendo a veces las labores consulares con las labores políticas sobre la base de que los Embajadores deben limitarse a las funciones protocolares que le son propias; 4) No se toma en cuenta las políticas actuales de otros países y cómo ven a Venezuela desde afuera.

Todo esto da lugar a una cierta desidia por elaborar un diseño, un marco conceptual dentro del cual se pueda concebir una política exterior para así determinar qué se debe identificar e investigar y para definir y redefinir los objetivos a seguir a corto y mediano plazo; pero la consecuencia principal es que, frente al miedo de repetir la experiencia de la diplomacia de proyección, se deja de lado la oportunidad de elaborar un diagnóstico de la situación. De nada vale el esfuerzo de mejorar profesionalmente el personal diplomático y los mecanismos de información si no se tiene claro qué se quiere hacer con ello ni el tipo de doctrina y criterios que se aplican; de nada vale nombrar comisiones si en éstas no está claro el papel de las visiones políticas y económicas de los problemas, frente a una composición eminentemente jurídica.

Como resultado tenemos que la política exterior del gobierno Lusinchi puede definitivamente orientarse hacia una vertiente de debilidad frente a los temas que tiene que enfrentar, entre otros la debilidad frente a las políticas de Reagan, frente a la banca y en torno al problema fronterizo.

Una línea de austeridad o de ajustarse el cinturón en las expectativas y compromisos no significa abandonarse ante los acontecimientos que se desarrollan en el ambiente externo que por cierto está bien interrelacionado con el ambiente interno. Frente a lo discutido pedimos entonces al menos un momento de reflexión.